

VISCERA · MISERICORDIA

HERALDOS DEL EVANGELIO

DEMVS · COMMVNEM · DOMINVM · QVO · COMMVNI · PANE · V

Libro digital

Milagros eucarísticos

CRONOLOGÍA

SIGLO V
TURQUÍA

**La falsa hostia se
convierte en piedra...**

**Ante San Gregorio
Magno, la Hostia
se transforma en
carne humana**

SIGLO VI
ITALIA



750

ITALIA



**Lanciano, uno de los
milagros eucarísticos
más antiguos**

**La Hostia se
transforma en
carne durante la
Misa de Pascua**

1171

ITALIA



SIGLO XIII
FRANCIA

**Los animales
«creen», pero
los herejes...**

**El maravilloso
milagro de Alatri**

1228

ITALIA



1263

ITALIA



**La Hostia milagrosa
de Santarém**

**Milagro para
fortalecer la fe de un
sacerdote: Bolsena**

1266

PORTUGAL

1267

FRANCIA

**El milagro
eucarístico de Douai**

**La Hostia
consagrada escapa
de las manos del
ladrón sacrílego**

1274

FRANCIA



1290

FRANCIA

**Nuevo sacrilegio,
nuevo milagro...**

1330

ITALIA



**Peces mudos
predican la fe en
la Eucaristía**

**Cuando un
sacerdote pierde la
fe en la Eucaristía**

1348

ESPAÑA

1374

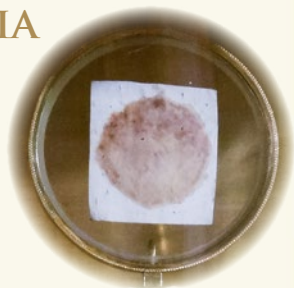
HOLANDA

**Las aguas se detienen
ante el altar donde se
expone el Santísimo
Sacramento**

**Una comunión
sacrílega no queda
impune...**

1433

FRANCIA



1575

FRANCIA



**Las ovejas
hacen guardia al
Cordero de Dios**

**En Orleans,
la propia naturaleza
«reconoce» que Jesús
está presente
en la Eucaristía**

1814

BRASIL

PREFACIO

«Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo» (Jn 20, 25). Después de la Resurrección, Santo Tomás se mostraba incrédulo ante los demás Apóstoles que afirmaban haber visto al Señor.



Pero ¿cómo podía no creer después de tantas pruebas de la omnipotencia del Divino Maestro? Al fin y al cabo, ¿no había pasado años al lado de Jesús, contemplando curaciones extraordinarias, conversiones admirables, milagros portentosos? ¿Por qué, entonces, pedía más pruebas para afirmar lo que los demás ya profesaban?

Se diría que el Divino Redentor no toleraría tal postura por parte de uno de los doce pilares de su Iglesia; que, sin duda, castigaría al discípulo por su falta de fe en la Resurrección... Sin embargo, Jesús actuó de otra manera: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente» (Jn 20, 27).

En cierto modo, a lo largo de la historia, la actitud adoptada por Dios ante la incredulidad se repite, y en lugar de aplicar un merecido castigo, las disposiciones divinas de Nuestro Señor lo llevan a reafirmar las certezas de la religión mediante nuevos milagros.

Un ejemplo de esta acción prodigiosa de Dios se encuentra en los innumerables milagros eucarísticos que la Santa Iglesia conserva como uno de sus tesoros más preciados. De ellos, los fieles pueden sacar provecho, aún hoy, para fortalecer la fe y crecer en el amor a Dios y a la Santísima Eucaristía.



MILAGROS EUCARÍSTICOS



LA FALSA HOSTIA SE CONVIERTE EN PIEDRA...

TURQUÍA, SIGLO V



Había un hombre que vivía en Constantinopla, y su esposa se obstinaba en permanecer unida a los herejes, a pesar de la evidencia de las verdades católicas expuestas por San Juan Crisóstomo. Él decidió entonces que no debía tolerar por más tiempo que su mujer profesara aquellas maléficas herejías.

Finalmente, agotados todos los medios para llevarla al buen camino, la amenazó con separarse de ella si no abandonaba sus errores y seguía su buen ejemplo.

Para «obedecer» a su marido, ella dijo que haría lo que se le había ordenado, pero...

En secreto, acordó con su criada ir juntas al templo de los herejes para recibir el pan falsamente consagrado que estos daban a sus seguidores. Después iría con su marido y la cria-

da a un templo católico para comulgar, para que su esposo viera que se había convertido.

Cuando se acercó a recibir la Sagrada Hostia, fingió que se inclinaba para rezar y se la dio a la criada, que estaba a su lado, y a cambio tomó de sus manos el pan recibido de los herejes. Pero... ¡sorpresa! El pan de los herejes se había transformado en una piedra.

La desdichada mujer, asustada y fuera de sí, buscó a San Juan Crisóstomo para, verdaderamente convertida, narrarle lo que había sucedido.





ANTE SAN GREGORIO MAGNO, LA HOSTIA SE TRANSFORMA EN CARNE HUMANA

ITALIA, SIGLO VI

Una señora de una importante familia romana solía enviar al papa San Gregorio Magno las hostias que ella misma hacía para el Santo Sacrificio de la Misa, mostrándose muy diligente en esta tarea.

El demonio consideró conveniente perturbar a la señora, primero con tentaciones de vanagloria, luego con dudas sobre la fe en el Santísimo Sacramento y, finalmente, haciendo que, sin abandonar las prácticas piadosas, cayera en una manifestación de incredulidad.

Un día, mientras la señora estaba arrodillada para recibir la comunión de manos de San Gregorio, en el momento en que el santo pontífice iba a darle la Sagrada Hostia, di-



ciendo las palabras de la antigua liturgia: «El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna», ella se echó a reír...

Inmediatamente, el Papa detuvo la mano y volvió a colocar la Hostia consagrada en el

copón. Terminada la Misa, el Pontífice preguntó a la señora, delante de todo el pueblo, la causa de su risa en un momento tan inapropiado. Sorprendida por la pregunta, no se atrevió a declarar el motivo, pero luego dijo:

— Me río porque vos me decís que este pan, que yo misma amasé, es el Cuerpo de Cristo...

Admirado por esta respuesta, San Gregorio se puso a rezar al Señor para que iluminara con luz divina a aquella mujer incrédula.

Apenas terminó la ferviente oración, la Sagrada Hostia se hizo visible en forma de carne humana y, así, ante el pueblo allí congregado, el santo pontífice se la mostró también a la señora. Este prodigio la hizo volver, en ese mismo instante, a la fe eucarística y confirmó en la misma fe a todos los presentes.

Ante semejante milagro, decidieron seguir rezando, lo que hicieron con extraordinario recogimiento y fervor, hasta que vieron que aquella carne volvía a reducirse a la forma de hostia. Y, tomándola en sus manos, el santo pontífice se la dio en comunión a la señora; y todos glorificaron al supremo Creador, que se dignó obrar tales maravillas para que un alma recuperara la fe en el Santísimo Sacramento.



LANCIANO, UNO DE LOS MILAGROS EUCARÍSTICOS MÁS ANTIGUOS

ITALIA, 750



En una hermosa y soleada mañana del año 750, las campanas repicaban alegremente, llamando a los habitantes de la pequeña ciudad de Lanciano a la Misa en la iglesia dedicada a San Longinos, el soldado romano que traspasó el corazón de Jesús con la lanza.

El celebrante, sin embargo, un monje de la orden de San Basilio, no participaba de la alegría general. Desde hacía algún tiempo, se sentía asaltado por una fuerte duda: ¿estaba Nuestro Señor Jesucristo real y sustancialmente presente en la Eucaristía?

A pesar de rezar con insistencia, suplicando a Dios que reavivara su fe, ese terrible pensamiento lo atormentaba sin cesar. Así, la celebración del Santo Sacrificio de la Misa era para él motivo de sufrimiento, ya que era

el momento en que la tentación se hacía más intensa.

¡He aquí la Carne y la Sangre de nuestro amadísimo Salvador!

Aquel día, mientras se revestía con los ornamentos sagrados, el pobre monje sentía más que nunca su corazón sumido en la oscuridad de la duda. Sin embargo, como el deber le llamaba, subió los escalones del altar y comenzó la celebración.

En el momento de la consagración, pronunció claramente, como siempre, las solemnes palabras: «Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros»... «Éste es el cáliz de mi Sangre»...

A continuación, se detuvo, asaltado por una violenta incertidumbre: ¿estará realmente presente Nuestro Señor Jesucristo bajo las apariencias de este minúsculo trozo de pan y este poco de vino?

En ese instante, vio con asombro cómo la blanca hostia se transformaba en un trozo de carne y el vino en sangre real que se coagulaba y se dividía en cinco fragmentos de forma irregular y de diferentes tamaños.

Muy asustado al principio, luego lleno de alegría, el feliz monje permaneció durante un



tiempo como en éxtasis y después, derramando lágrimas de gratitud, se volvió hacia los fieles y exclamó:

— ¡Bendito sea Dios que, para destruir mi incredulidad, quiso manifestarse en este Santísimo Sacramento y hacerse visible a nuestros ojos! ¡Venid, hermanos, y contemplad! ¡He aquí la Carne y la Sangre de nuestro amadísimo Salvador!

Los incrédulos recuperan la fe; los tibios, el fervor

Al constatar el milagro, todos se arrodillaron llenos de respeto y adoración, clamando perdón y misericordia, juzgándose indignos de presenciar una manifestación sobrenatural tan emocionante.

Desde el principio, las autoridades religiosas reconocieron la autenticidad del milagro. La noticia se extendió por toda la ciudad y por los pueblos vecinos. De todas partes acudieron peregrinos deseosos de contemplar con sus propios ojos el milagro y adorar la Carne y la Sangre de Cristo.

En poco tiempo, Lanciano se convirtió en el lugar donde muchos incrédulos renacían a la fe y los cristianos tibios se entusiasmaban en la devoción a la Sagrada Eucaristía.



La parte superior del relicario contiene la hostia que se ha transformado en Carne; la parte inferior contiene el vino transformado en Sangre.



Situaciones de peligro e incertidumbre

Los monjes que celebraban en la iglesia de San Longinos dejaron Lanciano en el siglo XII, quedando el convento en manos de los benedictinos. Estos, en 1253, fueron sucedidos por los frailes franciscanos conventuales que, en 1258, reconstruyeron la iglesia y la dedicaron a San Francisco de Asís.

Hasta hoy se conservan las sagradas reliquias en esta iglesia. La Carne está expuesta en un artístico ostensorio de plata finamente cincelado. Y la Sangre, coagulada y dividida en cinco fragmentos, se encuentra en una especie de cáliz de cristal de roca. Diversos documentos atestiguan la veneración que se profesaba a las reliquias y la costumbre de llevarlas en procesión en momentos de grave y urgente necesidad.

A lo largo de los siglos, sin embargo, estas reliquias pasaron por situaciones de peligro e incertidumbre.

En agosto de 1566, con motivo de las incursiones turcas en esa región de Italia, viendo el peligro inminente en que se encontraba este precioso tesoro, un fraile franciscano llamado Giovanni Antonio di Mastro Renzo tomó el relicario y lo llevó a un lugar más

seguro. ¡Pero después de caminar toda la noche, comprobó con gran sorpresa que aún se encontraba a las puertas de Lanciano! Entonces comprendió que él y sus hermanos de hábito debían permanecer en la ciudad para custodiar las reliquias.

La ciencia no puede explicar este prodigio

Rigurosas pruebas científicas realizadas por dos expertos italianos en 1970 demuestran de manera inequívoca que se trata de carne y sangre extraídas de un ser humano vivo, no de un cadáver; el trozo de carne es de un corazón y la sangre pertenece al grupo AB, el mismo que el del hombre de la Sábana Santa de Turín.

En 1973, una comisión científica nombrada por la Organización Mundial de la Salud, de la ONU, confirmó las conclusiones de los expertos italianos. Y en 1976 se publicó un resumen de los trabajos de esta comisión, en cuya conclusión se declara que la ciencia, consciente de sus límites, se detiene ante la imposibilidad de dar una explicación a este prodigio.

¡Se trata sin duda de reliquias del propio Corazón de Jesús, que Longinos atravesó con su lanza!



LA HOSTIA SE TRANSFORMA EN CARNE DURANTE LA MISA DE PASCUA

FERRARA, 1171



El sacerdote Pietro de Verona celebraba la Misa de Pascua en la iglesia de Santa María del Valdo, en Ferrara (Italia), el 28 de marzo de 1171, cuando se produjo un fenómeno prodigioso: en el momento en el que la Hostia consagrada fue partida por la mitad, todos los presentes la vieron transformarse en carne y brotar de ella un chorro de Sangre que salpicó con tanta fuerza que alcanzó un semicírculo de mármol que decoraba la parte superior del altar.

La noticia se extendió rápidamente por la ciudad y pronto acudieron a la iglesia el arzobispo de Rávena y el obispo de Ferrara. Ellos también comprobaron el milagro al ver la Hostia transformada en Carne y la Sangre derramada. El milagro fue reconocido oficialmente por el papa Eugenio IV, en una bula fechada el 7 de abril de 1442.



LOS ANIMALES «CREEN», PERO LOS HEREJES...

FRANCIA, SIGLO XIII



Por todos los lugares por donde pasaba, San Antonio de Padua era el azote de los herejes, gracias al maravilloso don que poseía para refutar las objeciones y desenmascarar las calumnias contra la Fe católica.

Encontrándose un día en Toulouse (Francia) para combatir los errores de los enemigos de la Santa Iglesia, se vio en lucha contra uno de los albigenses más tenaces.

La discusión, muy larga, acabó recayendo sobre el tema del augusto Sacramento de la Eucaristía. Tras grandes dificultades, el defensor del error quedó reducido al silencio. Finalmente, derrotado, pero no convertido, recurrió a un argumento extremo, desafiando al santo:

— Dejemos las palabras y pasemos a los hechos. Si, por algún milagro, podéis demostrar ante todo el pueblo que el Cuerpo de

Cristo está realmente presente en la Hostia consagrada, abjuraré de la herejía y me someteré al yugo de la Fe.

— Acepto el desafío —replicó enseguida San Antonio, lleno de confianza en la omnipotencia y misericordia del Divino Maestro.

— Ésta es mi propuesta: tengo en mi casa una mula; después de dejarla encerrada durante tres días sin ningún alimento, la traeré a esta plaza. Entonces, en presencia de todos, le ofreceré una abundante cantidad de avena para que coma. Y ustedes le presentarán lo que dicen que es el Cuerpo de Jesucristo. Si el animal hambriento abandona la comida para correr hacia ese Dios que, según su doctrina, debe ser adorado por todas las criaturas, creeré de todo corazón en las enseñanzas de la Iglesia Católica.

El día señalado, acudió gente de todas partes, llenando la plaza donde se celebraría la gran prueba. Católicos y herejes, todos estaban en una expectación fácil de imaginar. Cerca de allí, en una capilla, fray Antonio celebraba la Santa Misa con un fervor angelical.

Llega entonces el albigense, tirando de su mula, mientras un compinche le lleva el alimento preferido del animal. Una multitud de herejes lo acompaña, anticipando su victoria.



En ese momento, sale de la capilla San Antonio, llevando en sus manos un copón con el Santísimo Sacramento. Se hace un profundo silencio. Dirigiéndose a la mula, grita con voz fuerte:

— En nombre y por el poder de tu Creador, al que, a pesar de mi indignidad, tengo aquí, realmente presente en mis manos, te ordeno, pobre animal: ven sin demora a inclinarte con humildad ante Él. ¡Los herejes deben reconocer que toda criatura debe someterse a Jesucristo, Dios Creador, que el sacerdote católico tiene el honor de hacer presente en el altar!

Al mismo tiempo, el albigense pone el montón de avena debajo de la boca de la mula hambrienta, incitándola a comer.

¡Oh, prodigio! Sin prestar atención alguna al alimento que se le ofrece, sin escuchar más que la voz de fray Antonio, el animal se inclina al oír el nombre de Jesucristo y luego se postra de rodillas ante el Sacramento de vida eterna, como para adorarlo.

Al ver esto, los católicos estallan en manifestaciones de entusiasmo, mientras que los albigenses quedan abrumados por el estupor y la confusión.

El dueño de la mula, sin embargo, manteniendo la palabra dada a San Antonio, abjura de la herejía y se convierte en un fiel hijo de la Iglesia.



EL MARAVILLOSO MILAGRO DE ALATRI

ITALIA, 1228



Para atraer la atención de un joven de su ciudad, una joven impía decidió consultar a una bruja, quien le indicó que, al comulgar, escondiera la Hostia y la llevara a su casa, envuelta en un paño, para hacer un hechizo con ella.

La joven obedeció al pie de la letra. Sin embargo, al regresar a su casa después de robar la Sagrada Hostia, se sintió muy afligida y la escondió durante dos días. Durante ese tiempo, no pudo dormir normalmente, debido a pesadillas en las que oía voces que la condenaban al infierno.

Al tercer día, tratando de decidir si llevaba la Hostia a la bruja o si la devolvía a la iglesia, decidió desdoblar el paño que contenía la Hostia: estupefacta, vio que la Hostia tenía color carne, ¡parecía viva! Sus sollozos llamaron la atención de sus familiares, que



vieron el milagro y difundieron la noticia entre los vecinos y por toda la ciudad.

Se avisó al párroco, que se dirigió inmediatamente a la casa de la joven. Recogió la Hostia envuelta en el paño, la protegió con otro paño y la llevó a la catedral, donde fue adorada por los fieles que formaban filas interminables.

Ocho siglos después, la Hostia permanece intacta en un relicario de la catedral de Alatri, donde se expone dos veces al año.



MILAGRO PARA FORTALECER LA FE DE UN SACERDOTE: BOLSENA

ITALIA, 1263



De camino a Roma en el año 1263, el padre Pedro de Praga, sacerdote alemán, se detuvo en la ciudad de Bolsena para celebrar la Santa Misa sobre la tumba de Santa Cristina, mártir de la Eucaristía.

Como ya llevaba tiempo sufriendo duras pruebas de fe en la presencia real de Jesús en la Eucaristía, rogó especialmente a la santa que le obtuviera la gracia de la fe eucarística.

No tuvo que esperar mucho. Pocos minutos después de la petición, al llegar el momento de pronunciar las palabras de la consagración, se produjo un milagro estupendo: de la Hostia comenzaron a brotar gotas de Sangre en tal cantidad que se derramaban en sus manos y caían sobre el altar y el corporal.



No muy lejos de allí se encontraba la ciudad de Orvieto, donde estaba entonces el papa Urbano IV. Al ser avisado, el Santo Padre ordenó al obispo diocesano de Bolsena que le trajera las reliquias del milagro. Sin embargo, no contento con esperar, el propio Pontífice partió en procesión hacia el lugar del milagro, acompañado por cardenales, arzobispos y otros dignatarios eclesiásticos.

Las dos procesiones se encontraron y, con gran pompa, el Papa introdujo las reliquias en la catedral de Orvieto.

Este milagro contribuyó en gran medida a la institución de la fiesta del Corpus Christi, en 1264.





LA HOSTIA MILAGROSA DE SANTARÉM

PORTUGAL, 1266

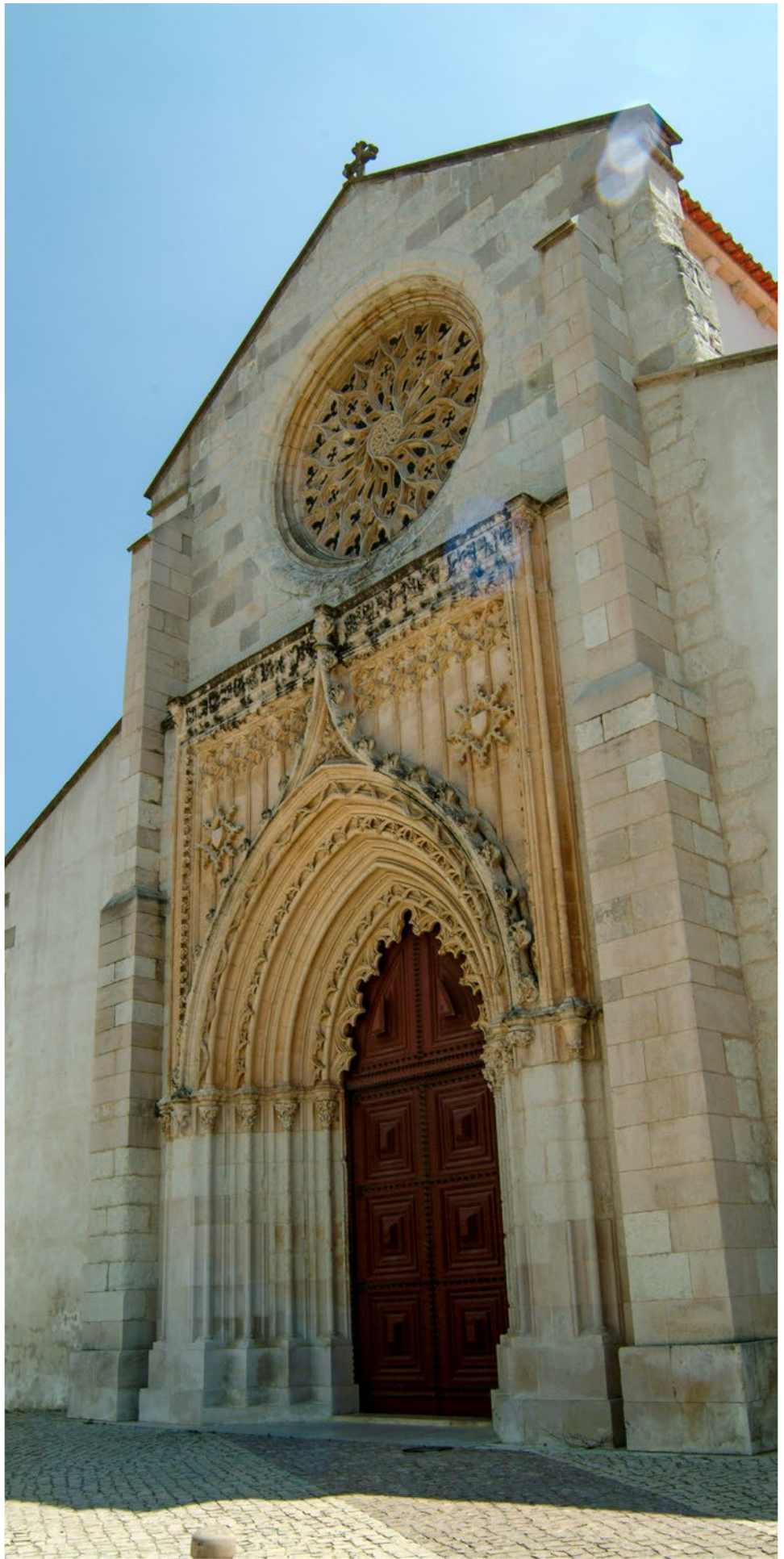


Era el año 1266, en Santarém, Portugal.

Allí había una iglesia dedicada a San Esteban, llamada hoy Basílica del Santísimo Milagro. No muy lejos de allí, en una calle llamada rua das Esteiras, vivía una pobre mujer a quien su infiel marido causaba muchos disgustos.

Al verse maltratada, buscaba un medio para poner fin a aquella terrible situación. Fue a desahogar sus penas con una vecina, que tenía fama de «echar y quitar hechizos», le pidió que, mediante el ejercicio de su «arte», le aconsejara algún medio para conseguir que su esposo la amara.

La vecina, que se dedicaba a la magia, le prometió una solución rápida, diciéndole: «Ve a la iglesia y comulga. En cuanto el sacerdote



te dé la Hostia, sácala de la boca, entera, sin que nadie se dé cuenta. Escóndela en el velo y tráemela a escondidas. Con ella haré ciertas devociones y te garantizo que tu marido te querrá y te amará sólo a ti».

Al ver en este acto un medio fácil de poner fin a sus disgustos, la ingenua cristiana no se dio cuenta de la maldad y el odio de la bruja hacia Jesús Eucarístico.

A la mañana siguiente, nada más llegar a la iglesia de San Esteban, y tan pronto como recibió la Hostia consagrada, la sacó de su boca con todo cuidado, la envolvió en el velo y salió. Corrió a casa de la bruja, feliz de ver que por fin había llegado el momento de su mayor consuelo.

Pero, sin darse cuenta, de los pliegues del velo comenzaron a caer gotas de sangre. Las personas que pasaban por la calle le preguntaban qué herida tenía para sangrar tanto. Avergonzada, cambió de rumbo, entró en su casa y escondió en un baúl el fruto de su sacrílego robo.

Dudosa, sin saber qué hacer con la Hostia, esperó la llegada de su marido. Quería contárselo todo, pero la vergüenza la hizo callar.

Por la noche, ambos se despertaron de repente y vieron que toda la casa resplandecía.

El humilde baúl se había transformado en un sagrario del que salían rayos magníficos. Asombrado y perturbado, el marido le preguntó a su esposa el motivo de tan espléndido espectáculo. Ella, sin ánimo ya para ocultar su culpa, le contó toda la verdad. Se levantaron enseguida y se arrodillaron ante la sagrada partícula. Pasaron así toda la noche, esperando que, al amanecer, pudieran comunicar al párroco tan maravilloso prodigio. Apenas amaneció, el sacerdote acudió a la casa de la mujer, junto con muchos habitantes de Santarém.

Después de examinar y confirmar el milagro, el párroco y otros eclesiásticos tomaron la Sagrada Hostia, aún escondida en el velo, y llevaron ese precioso tesoro de vuelta a la iglesia en solemne procesión, bajo un dosel.

El velo manchado con la Sangre eucarística fue donado a los frailes de Santo Domingo, que lo conservaron en un relicario de cristal. La hostia milagrosa fue envuelta en cera y, guardada en una custodia, expuesta a la adoración de los fieles, quienes le dieron el piadoso nombre de «Santo Milagro».

Setenta y cuatro años después, en la fiesta del Corpus Christi, al abrir el sagrario en presencia del rey Alfonso IV y de la corte, el

párroco encontró roto el envoltorio de cera y, de forma humanamente inexplicable, la hostia envuelta por una capa del más puro cristal sin ninguna marca de reparación o soldadura.

Ocho siglos de historia

La historia del milagro de Santarém no termina ahí.

Esta partícula consagrada ha atravesado los siglos sin sufrir los daños del tiempo,



siendo la salvaguarda de los habitantes de los alrededores: cuando alguna calamidad les amenazaba o las plantaciones corrían peligro de perderse, llevaban la Hostia milagrosa en procesión por los campos, y nunca fue en vano su confianza.

Sin embargo, el fenómeno más admirable es que Nuestro Señor se mostró en ella muchas veces bajo las diversas formas de su humanidad: unas veces como niño en brazos de su madre, otras como adolescente, otras como hombre maduro. A veces se presentaba herido y sufriente. En algunas ocasiones, con aire amenazador; en otras, resplandeciente de bondad y misericordia. Hubo incluso ocasiones en que se hizo ver sucesivamente bajo estas diversas formas.

Los teólogos ven en estos milagros un argumento de peso para confirmar la presencia real de Jesús en la Eucaristía. En su libro *Panegírico al Santísimo Sacramento*, afirma el escritor Lejeune: «San Pablo dice que los milagros no son necesarios para los fieles, sino para los infieles; y, sin embargo, la bondad divina los hace de vez en cuando para confirmar la fe y consolar la piedad de los fieles».

El «Santo Milagro» puede ser venerado por los fieles aún hoy, el primer jueves de cada mes y el domingo siguiente al de Pascua.



EL MILAGRO EUCARÍSTICO DE DOUAI

FRANCIA, 1267



Año 1267, domingo de Pascua, entre las 8 y las 9 de la mañana.

En la ciudad de Douai, al norte de Francia, a medio camino entre Amiens y Lille, el párroco distribuía la comunión a los fieles en la iglesia de los canónigos de San Amado.

De repente, sin saber cómo había ocurrido el accidente, vio una hostia en el suelo.

Consternado, se arrodilló inmediatamente y extendió la mano para recoger la sagrada partícula. Pero he aquí que esta, por sí sola, se elevó del suelo y se posó sobre el purificador.

Mientras sus ojos estaban piadosamente fijos en la Santa Eucaristía, vio que se transformaba en un niño encantador.

El celebrante dio un grito y llamó a los canónigos, que se encontraban en el coro de la

iglesia. Acudiendo a su voz, estos vieron, sobre el mantel sagrado, al Niño lleno de vida. Se llamó a los fieles presentes y todos, sin distinción, contemplaron aquella visión celestial.

La aparición duró aproximadamente una hora. Transcurrido ese tiempo, el Niño desapareció, quedando sobre el altar la blanca Hostia consagrada. Entonces el párroco la guardó en el sagrario y cada uno de los felices asistentes salió proclamando el milagro por la ciudad y sus alrededores.

La noticia llegó a oídos del obispo de Cambrai, Tomás de Cantimpré, quien se dirigió inmediatamente a Douai. Al llegar a la casa del deán de



los canónigos, a quien conocía muy bien, le preguntó si también podía ver la Hostia milagrosa. Éste accedió y acompañó al prelado a la iglesia. En poco tiempo se reunió allí una numerosa multitud de fieles, convocados por el toque de la campana.

Lo que sigue a continuación es la reproducción exacta del relato del propio obispo, testigo ocular de los hechos.

Narración del obispo de Cambrai

Se abre el sagrario. El pueblo se acerca. Nada más abrirse el copón, todos comienzan a exclamar:

— ¡Aquí está, lo veo!

— ¡Es mi Salvador!

Yo estaba de pie, lleno de admiración: no veía más que la forma de una Hostia muy blanca y, sin embargo, mi conciencia no me reprochaba ninguna falta que pudiera impedirme ver, como los demás presentes, el Cuerpo sagrado.

Pero este pensamiento no me inquietó durante mucho tiempo, pues pronto vi también yo claramente el rostro de Nuestro Señor Jesucristo en la plenitud de su edad. Sobre su cabeza había una corona de espinas, y de la

frente brotaban dos gotas de sangre que caían por ambos lados del rostro.

Inmediatamente me arrodillé y, llorando, lo adoré.

Cuando me levanté, ya no vi ni la corona de espinas ni las gotas de sangre, sino un rostro de hombre venerable más allá de todo lo imaginable. Estaba vuelto hacia la derecha, de modo que apenas se veía el ojo derecho. La nariz era larga y recta, las cejas arqueadas, la mirada recogida y dulcísima.

Una larga cabellera le caía sobre los hombros. La barba, que nunca había sido cortada, ondulaba bajo la barbilla y, cerca de la boca, que era muy agraciada, se adelgazaba, dejando a cada lado de la barbilla dos pequeños espacios sin pelo, como suele ocurrir a los hombres jóvenes que se dejan crecer la barba desde la adolescencia. La frente era ancha, las mejillas delgadas y la cabeza, junto con el largo cuello, se inclinaba ligeramente.

He aquí la descripción, y tal era la belleza de ese rostro dulcísimo.

Durante una hora, los presentes vieron al Salvador bajo diferentes formas: unos lo veían extendido sobre la cruz; otros, como si viniera a juzgar a los hombres; otros, por fin,

en mayor número, lo veían bajo la forma de un niño.

Un milagro que se repitió durante varios días

Desgraciadamente, no queda ningún otro relato de testigos oculares del milagro. Pero el autor de los «Anales de Flandes», fallecido en Lille en el año 1626, informa que duró varios días, renovándose cada vez que se exponía la Santa Hostia. Todos los que entraban en la iglesia presenciaban el prodigio.

Y la milagrosa transfiguración continuaba operándose bajo diferentes formas. En opinión del canónigo Capelle, de Cambrai, lo más probable es que las almas puras contemplaran al Niño, dulce y gracioso; los pecadores, a Jesús crucificado; y a los herejes, Nuestro Señor se les mostraba con el rostro de un juez airado.

Además del testimonio del obispo de Cambrai, una tradición incontestable atestigua categóricamente la veracidad de este hecho milagroso. En 1356, un siglo después de la aparición, ya se celebraba en Douai la fiesta del Santo Sacramento del Milagro, y el documento que la menciona indica que esta celebración era ya una costumbre antigua.

La Hostia milagrosa, que recibió los homenajes de tantas generaciones de fieles, se conservó en la iglesia de canónigos de San Amado hasta la época de la Revolución francesa.

En 1790, la basílica fue cerrada y, tres años más tarde, entregada al saqueo. Destrozaron los vasos sagrados, y las reliquias que allí se encontraban desde hacía casi diez siglos fueron consumidas por las llamas. Algunos fanáticos se abalanzaron sobre el altar, rompieron el tabernáculo y abrieron la teca de plata en la que se guardaba la Hostia del milagro. Pero Dios no permitió este último sacrilegio: estaba vacía, manos piadosas habían puesto a salvo el augusto Sacramento.



LA HOSTIA CONSAGRADA ESCAPA DE LAS MANOS DEL LADRÓN SACRÍLEGO

FRANCIA, 1274



En 1274, en la iglesia de San Gervasio, en París, se produjo un crimen horrible: un ladrón robó una píxide que contenía hostias consagradas.

Al alejarse del lugar para no ser descubierto, el malhechor abrió la píxide y, de repente, ¡las Hostias se elevaron en el aire y quedaron flotando sobre la cabeza del ladrón aterrorizado!

Algunos campesinos que se encontraban cerca vieron las hostias moviéndose en el aire, sobre la cabeza del sacrílego ladrón, y rápidamente fueron a avisar a un sacerdote.

La noticia se difundió en seguida y muy pronto el obispo de la región se acercó al lugar acompañado por muchos eclesiásticos,

entre ellos el párroco de la iglesia donde se había producido el sacrílego robo.

Cuando éste se acercó a las Hostias, vio cómo descendían hasta posarse en sus manos, a la vista de todos los presentes, entre los que ya había mucha gente de la región. Muchos acompañaron al párroco hasta la iglesia matriz, donde fueron devueltas la Sagradas Hostias robadas.

Dichas Hostias se conservaron milagrosamente durante varios siglos, hasta que fueron destruidas durante el vandalismo de la Revolución francesa.





NUEVO SACRILEGIO, NUEVO MILAGRO...

FRANCIA, 1290



Dieciséis años después del primer milagro eucarístico ocurrido en París, dicha ciudad fue nuevamente honrada con un nuevo prodigio, y este aún más espectacular.

Una pobre mujer empeñó el único vestido de valor que poseía, ya que necesitaba algo de dinero para sus gastos. Al acercarse el Domingo de Pascua, y deseando vestirse mejor ese día, buscó al hombre al que había empeñado el vestido y le pidió que se lo prestara solo para ese día festivo.

El hombre no era católico y le manifestó su interés por tener una Hostia consagrada. Entonces le dijo a la mujer que le prestaría el vestido si le traía una Hostia recibida en la Misa de Pascua. La mujer aceptó la impía propuesta... Después de comulgar, sacó discretamente la Hostia de la boca y se la llevó a quien se la había pedido.



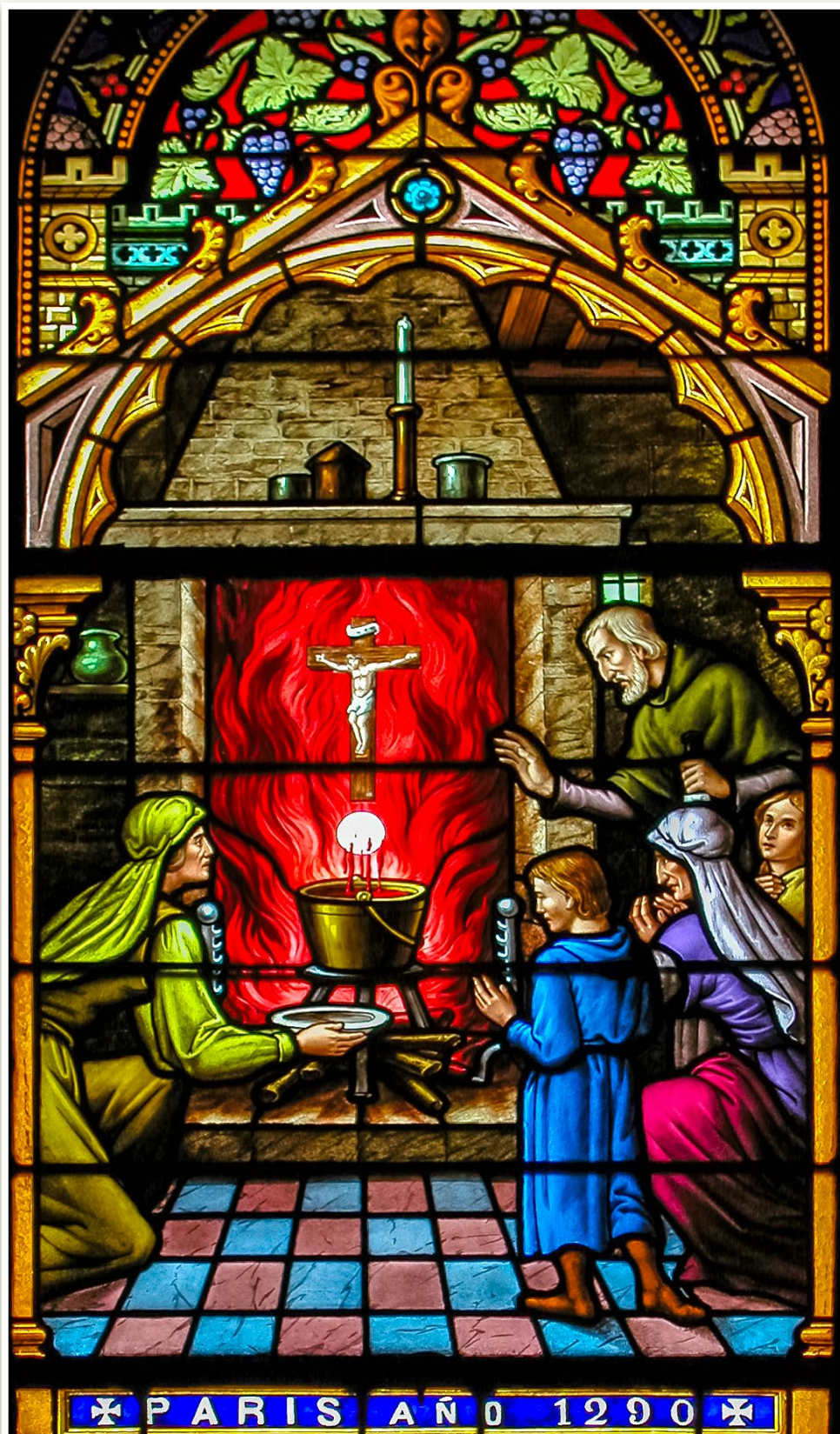
Al recibirla, delante de sus propios hijos y de la dueña del vestido, aquel impío comenzó a perforar la Hostia con una navaja, repetidamente, sobre una mesa.

De repente, comenzó a brotar una gran cantidad de sangre de la Hostia perforada, salpicando a la mujer y a las hijas pequeñas del sacrílego, que ahí estaban. Sorprendido ante lo que ocurría, el hombre arrojó la Hostia al fuego, donde quedó suspendida entre las llamas, completamente intacta, sin sufrir la acción del fuego.

No satisfecho con lo que veía, la arrojó a una tetera con agua hirviendo. Inmediatamente, el agua se volvió roja y sanguinolenta; se desbordó del recipiente y, cayendo al suelo, salió por la puerta y llegó hasta la calle, ¡despertando así la atención de los transeúntes!

Una piadosa señora que se encontraba cerca de la casa decidió entrar para ver qué ocurría y vio la figura del Salvador junto a la tetera. En unos instantes, esta visión desapareció, pero la Hostia se quedó suspendida en el aire. Después comenzó a bajar, y la mujer que había entrado en la casa pudo recogerla y llevarla respetuosamente a la iglesia de Saint-Jean-en-Grève, donde pasó a conservarse como un tesoro precioso.

El autor del sacrilegio, aterrorizado, se escondió rápidamente en la casa, pero fue arrestado y condenado por el sacrilegio perpetrado.





CUANDO UN SACERDOTE PIERDE LA FE EN LA EUCARISTÍA

ITALIA, 1330



En 1330, un sacerdote de la ciudad de Cascia, Italia, había perdido el respeto por la Eucaristía, ya que su fe en la presencia real se había extinguido. Habiendo sido llamado para atender a un enfermo, ese sacerdote incrédulo, en lugar de poner la Eucaristía en el relicario para llevarla cerca de su corazón, la colocó irreverentemente entre las páginas del breviario.

Cuando abrió el breviario para dar la comunión al enfermo, se quedó consternado por lo que vio: en lugar de la hostia había dos manchas de sangre, una frente a otra, entre las páginas del libro.

Inmediatamente, el religioso, presa del pánico, corrió a su casa en busca de un piadoso sacerdote de la región, el beato Simone. Éste, que ya gozaba de fama de santidad

incluso entre los hermanos del monasterio, escuchó en confesión al sacerdote contarle lo sucedido y le dio la absolución. Consiguió que le diera las dos páginas manchadas con la preciosa Sangre de Cristo: una de ellas fue colocada en un sagrario de Perugia y la otra fue enviada al monasterio agustino de Cascia.

Con el paso de los años, comenzó a notarse un fenómeno milagroso que confirmaba a los incrédulos la veracidad del hecho: en el centro de la mancha de sangre comenzó a formarse un rostro, para algunos el de Cristo mismo. Este rostro se hace visible sobre todo cuando el sacerdote abre el tabernáculo para mostrar a los fieles el milagro eucarístico: se ve el rostro de Cristo de perfil, perfectamente representado con barba y bigote, como es habitual en la iconografía cristiana.

Este milagro eucarístico ha sido venerado durante siglos por los fieles de Cascia y se celebra cada año en la fiesta del Corpus Christi.





PECES MUDOS PREDICAN LA FE EN LA EUCARISTÍA

ESPAÑA, 1348



Un día de julio de 1348, llovía abundantemente en el pueblo de Alboraya, en la región de Valencia, España. Numerosos relámpagos, seguidos de aterradores truenos, acentuaban aún más la amenaza de un fuerte aguacero. Sentado junto a una ventana, el párroco preparaba la homilía de la Misa dominical, seguro de que no sería interrumpido, ya que, pensaba, nadie se atrevería a salir de casa en aquellas condiciones.

Por eso, no fue sin gran sorpresa que vio acercarse apresuradamente al molinero de Almácer, un pueblo vecino.

— ¿Qué pasa, hijo mío?

— ¡Padre, lo necesitamos con toda urgencia! ¡Un pobre enfermo de Almácer se está muriendo y pide el Santo Viático!

El párroco dudó un momento. Salir con el Santísimo Sacramento en medio de aquella furiosa tormenta le parecía una gran imprudencia.

Por otra parte, su corazón de sacerdote amante de la Eucaristía no podía dejar morir a un feligrés sin llevarle ese consuelo en el momento extremo. Respondió, pues, con decisión:

— ¡Vamos, hijo mío!

Se vistió con el sobrepelliz y la estola, sacó del sagrario la píxide con varias hostias, montó en la mula que le ofrecía el molinero y se dirigió hacia la casa del moribundo.

Para llegar a Almacera, era necesario vadear un pequeño río llamado Carraixet. Esta



travesía, que ya era incómoda en condiciones normales, se volvía muy peligrosa en época de lluvias. Sin embargo, lograron pasar sin gran dificultad y llegaron a tiempo para confesar al feligrés moribundo y darle la Sagrada Comunión.

A la vuelta, sin embargo, el Carraixet se había desbordado, la violencia de la corriente derribó al sacerdote de la mula, la píxide se le cayó de las manos y fue arrastrada lejos. ¡Y en ella aún quedaban tres Hostias consagradas!

Al párroco de Alboraya no le faltaban ni energía ni valor. Se lanzó al agua para intentar recuperar inmediatamente la preciosa píxide. La noticia del desastre se extendió rápidamente y muchos campesinos de los alrededores acudieron en su ayuda. Tras varias horas de búsqueda afanosas, encontraron la píxide, pero vacía y sin la tapa.

Llenos de fe y amor a Nuestro Señor Sacramentado, aquellos campesinos, en lugar de desanimarse, redoblaron sus esfuerzos. Algunos nadando y otros bordeando el río, continuaron la búsqueda hasta llegar a su desembocadura en el mar.

Allí fueron testigos de un estupendo milagro. Extasiados, vieron tres grandes peces envueltos en una luz resplandeciente, inmó-



viles en el tumulto de las aguas, con la cabeza levantada y sosteniendo cada uno en su boca una de las preciosísimas Hostias.

Se postraron de rodillas y allí permanecieron en adoración ante el Santísimo Sacramento, mientras uno de ellos corría a llevar la buena noticia al párroco. Éste no tardó en llegar, ya vestido con sobrepelliz, estola y capa pluvial, y acompañado de una multitud de hombres, mujeres y niños. Sólo entonces los

peces salieron del lugar donde estaban para ponerse al alcance de las manos del sacerdote.

Mientras la multitud cantaba himnos de alabanza a Dios Sacramentado, el ministro sagrado recogió las tres Hostias y las colocó en un rico copón. A continuación, una jubilo-
sa procesión condujo al Rey de reyes de vuelta a la iglesia de Alboraya. Allí, el párroco celebró una solemne Misa de acción de gracias, tras la cual relató al obispo de Valencia, don Hugo de Fenollet, el prodigioso acontecimiento. Éste ordenó que se averiguara la veracidad de los hechos mediante el testimonio de los testigos ante el notario eclesiástico.

En memoria de este milagro se construyeron dos capillas, una cerca del lugar donde se había caído el párroco y otra junto al mar. La teca recuperada de las aguas fue donada a la iglesia de Almacera. En un hermoso copón se grabó la escena de los tres peces sosteniendo las santas hostias, con la siguiente inscripción:

«Quis divina neget Panis mysteria quando muto etiam piscis prædicat ore fidem? — ¿Quién puede negar el divino misterio del Pan Eucarístico, cuando la fe en él nos es predicada incluso por los mudos peces?».



UNA COMUNIÓN SACRÍLEGA NO QUEDA IMPUNE...

HOLANDA, 1374



Una noble dama de Middleburg, en Holanda, animó a sus sirvientes a recibir el Sacramento de la Penitencia durante la Cuaresma del año 1374.

Todos aceptaron el consejo, pero uno de los sirvientes, Jean de Cologne, no se confesó y, aunque no estaba preparado, decidió comulgar. Al recibir la Sagrada Hostia, se dio cuenta de que se había convertido, dentro de su boca, en carne, que no fue capaz de tragar. Asustado, el empleado mordió la carne y de ella salieron tres gotas de sangre que mancharon el mantel del comulgatorio. El sacerdote estaba aún muy cerca y se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Rápidamente sacó la Hostia convertida en carne de la boca del sacrílego comulgante y la llevó al altar, colocándola en un pequeño copón.

Jean fue inmediatamente castigado por Dios y quedó ciego. Se arrepintió de inmediato y confesó su pecado al sacerdote, públicamente, ante todos los fieles presentes. Recuperó la vista y mantuvo, hasta su muerte, una gran reverencia por la Eucaristía.

El arzobispo de Colonia, bajo cuya jurisdicción se encontraba Holanda en aquella época, ordenó que la Hostia convertida en carne fuera trasladada a la catedral de Colonia, donde fue expuesta en un ostensorio ornamental, en forma de cruz, hecho especialmente para este fin.





LAS AGUAS SE DETIENEN ANTE EL ALTAR DONDE SE EXPONE EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

FRANCIA, 1433



Exterminada la herejía albigense, que negaba la presencia real de Cristo en la Eucaristía, se promovieron en Aviñón manifestaciones públicas en reparación por los sacrilegios perpetrados por los herejes.

Entre otros actos de reparación, el rey Luis VIII, vestido con un saco, ceñido con una cuerda a la cintura y llevando una vela en la mano, acompañó la solemne procesión del Santísimo Sacramento, compuesta por una multitud innumerable.

En respuesta a la gran devoción eucarística del rey y a la ferviente piedad de los fieles, después de la procesión, el Santísimo Sacramento permaneció expuesto, dando origen a

la capilla de la Santa Cruz, donde la exposición del Santísimo Sacramento sería permanente.

Pasados doscientos años de adoración perpetua desde su institución, en el año 1443, los ríos Ródano, Durance y Vaucluse, que en algunas ocasiones ya habían inundado la ciudad, volvieron a desbordarse e inundaron Aviñón. Llovía con fuerza. Las aguas eran tan abundantes que alcanzaron la iglesia de Santa Cruz y llegaron hasta la altura del altar donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento.

Al ver que las aguas subían más a cada instante, los miembros de la cofradía decidieron retirar el Santísimo de la capilla. Se dirigieron en bote a la capilla, abrieron la puerta y, estupefactos, vieron que, dentro de la capilla, las aguas se habían dividido por la mitad, dejando un camino abierto desde la puerta hasta el altar, ¡como en el milagro del mar Rojo!

El altar estaba completamente seco. Ni siquiera los libros, los objetos sagrados, los utensilios, los manteles y los relicarios que allí se guardaban estaban mojados.

La noticia del milagro se extendió por Aviñón. El resultado fue un aumento de la devoción eucarística en la ciudad, quedando el 30 de noviembre reservado cada año para la celebración festiva del milagro.



**EN ORLEANS,
LA PROPIA NATURALEZA
«RECONOCE» QUE JESÚS
ESTÁ PRESENTE
EN LA EUCARISTÍA**

FRANCIA, 1575

Cierto hereje calvinista se presentó ante fray Pacífico de San Gervasio, capuchino, orador de gran reputación y extraordinaria virtud, que con su admirable predicación recogía innumerables frutos apostólicos en Orleans. El incrédulo quería debatir con él sobre la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar.

Aunque veía refutados sus errores, el hereje declaró que nunca creería en lo que enseña la Iglesia Católica sobre la Eucaristía.

El sabio y virtuoso hijo de San Francisco le presentó una gran cantidad de argumentos, pero el impío se obstinaba:

«La razón que tengo para ello es que, así como sus argumentos no son capaces de hacer que este frondoso árbol —y señalaba uno muy alto que había al fondo del jardín— toque el suelo con sus ramas y hojas superiores, del mismo modo, no pueden convencerme de la presencia real de Jesucristo en la Hostia consagrada».

Al oír semejante provocación, inspirado por Dios, el fraile dijo al hereje:

— Y si el árbol inclinara sus ramas hasta tocar el suelo, ¿creeríais entonces que Jesús está presente en las sagradas especies?

Riendo sarcásticamente, el hereje respondió:

— Si eso sucediera... no tendría ninguna dificultad en creerlo.

En ese mismo instante, el religioso se arrodilló, juntó las manos y suplicó la ayuda de los Cielos, pues era la gloria misma de Dios la que estaba en juego. Se levantó y, dirigiéndose al árbol, en nombre del Divino Redentor, le ordenó que inclinara sus ramas hasta tocar el suelo para demostrar la verdad del misterio eucarístico.

Como si el frondoso árbol comprendiera lo que se le ordenaba, inclinó sus ramas hasta

que el follaje de la copa tocó la hierba que crecía alrededor de su tronco.

Al ver lo que sucedía, el hereje, estupefacto, trazó la señal de la cruz y comenzó a creer en el sublime misterio que se opera sobre el altar.





LAS OVEJAS HACEN GUARDIA AL CORDERO DE DIOS

BRASIL, 1814



Era el 25 de marzo de 1814, fiesta de la Encarnación del Verbo. El Santo Sacrificio de la Misa transcurría con la tranquilidad habitual característica del Sertón de Paraíba cuando, de repente, gritos angustiados interrumpieron la solemne celebración en la iglesita del Rosario, en la pequeña ciudad de Sousa:

— ¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio!

En cuestión de segundos, la ferviente población se puso a correr tras un hombre que se precipitó hacia un matorral. El pueblo lo persiguió, pero con sus rápidos pasos logró escapar para siempre.

Entre gritos de indignación y lágrimas de dolor, las personas comentaban lo sucedido y pedían clemencia al Cielo, presintiendo que algún castigo se abatiría sobre la región.

El fugitivo era un brujo que se había acercado a la mesa sagrada para recibir el Cuerpo del Señor. Tan pronto como la Hostia tocó su lengua, la retiró y la escondió en los pliegues de su camisa.

Días después, en una mañana soleada, un viejo pastor pastoreaba sus ovejas entre frondosos joazeiros cuando notó, con curiosidad, que ellas se arrodillaban en círculo alrededor de un punto. Se acercó.

Y he aquí que vio, flotando en el aire sobre un matorral, la Hostia, con las ovejas «haciendo guardia al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Jesucristo flotaba sobre aquellas montañas como antaño sobre las aguas del mar de Galilea.

La sagrada partícula había resistido al calor y a las inclemencias del tiempo y se conservaba perfecta en su blancura: las manos sacrílegas no habían podido profanarla.

El párroco, a la cabeza de todo el pueblo, recogió la Hostia en una custodia de oro y, acompañado por una multitud de fieles, la llevó en procesión de vuelta a la iglesia.

